

Las crónicas de Clifton

Jeffrey Archer

El secreto mejor
guardado



1945. La votación de la Cámara de los Lores para decidir quién hereda la fortuna familiar de los Barrington ha acabado en empate. El voto decisivo del Lord Canciller hará tambalearse las vidas de Harry Clifton y Giles Barrington. Harry regresa a América para promocionar su última novela, mientras que su amada Emma se embarca en la búsqueda de la niña que apareció en el despacho de su padre la noche en que este fue asesinado. Cuando se convocan elecciones generales, Giles Barrington tendrá que defender su asiento en la Cámara de los Comunes, horrorizado al descubrir que los Conservadores han decidido ponerse en su contra. Sin embargo, será Sebastian Clifton, hijo de Harry y Emma, quien tenga la última palabra sobre el destino de su tío.

En 1957, Sebastian obtiene una beca para estudiar en Cambridge. Así aparece en escena una nueva generación de la familia Clifton. Después de ser expulsado de la universidad, Sebastian se verá envuelto en una trama internacional de falsificaciones de arte que implica una estatua de Rodin cuyo valor es mucho mayor que la suma por la que se acaba vendiendo en subasta. ¿Se convertirá Sebastian en millonario? ¿Acabará sus estudios en Cambridge? ¿Está su vida en peligro? «Best kept secret» responde a todas estas preguntas, aunque, de nuevo, plantea muchas más.

Para Shabnam y Alexander

Agradecimientos

Mi sincero agradecimiento a las siguientes personas por sus valiosísimos consejos y su inestimable ayuda con la investigación: Simon Bainbridge, Robert Bowman, Eleanor Dryden, Alison Prince, Mari Roberts y Susan Watt.

PRÓLOGO

El Big Ben dio las cuatro.

Aunque el Lord Canciller estaba exhausto, y agotado por lo acontecido esa noche, su cuerpo todavía bombeaba adrenalina de sobra para impedirle conciliar el sueño. Había garantizado a sus señorías que emitiría un veredicto en el caso de Barrington contra Clifton que dispondría cuál de los dos jóvenes debía heredar el ancestral título y las vastas propiedades familiares.

Sopesó de nuevo los hechos, convencido de que ellos, y solo ellos, habrían de determinar su sentencia.

Al iniciar las prácticas como abogado, hacía unos cuarenta años, su tutor le había aconsejado que rehuyera todo sentimiento o inclinación personales a la hora de juzgar al cliente o el caso que lo ocupara. Le había insistido en que la abogacía no era una profesión para pusilánimes ni románticos. Sin embargo, habiendo contemplado esa máxima durante cuatro decenios, el Lord Canciller debía reconocer que jamás se había topado con un caso de tan difícil solución. Ojalá aún viviera F. E. Smith para poder pedirle consejo.

Por un lado... ¡Cómo lo fastidiaban esas expresiones tan manidas! Por un lado, Harry Clifton había nacido tres semanas antes que su mejor amigo, Giles Barrington. Un hecho. Por otro, Giles Barrington era, incuestionablemente, hijo legítimo de *sir* Hugo Barrington y la esposa de es-

te, Elizabeth. Un hecho. Pero eso no lo convertía en el primogénito de *sir* Hugo, y ese era el punto clave del testamento.

Por un lado, Maisie Tancock dio a luz a Harry el vigésimo octavo día del noveno mes posterior a su admitido devaneo con *sir* Hugo Barrington durante un viaje de trabajo de ambos a Weston-super-Mare. Un hecho. Por otro lado, Maisie Tancock estaba casada con Arthur Clifton cuando Harry nació y en la partida de nacimiento se señalaba de forma inequívoca a Arthur como padre de la criatura. Un hecho.

Por un lado... El Lord Canciller recordó lo acontecido en la cámara después de que sus miembros votaran por fin sobre si Harry Clifton debía heredar el título «y todo lo que conlleva». Le vinieron a la memoria las palabras exactas del apoderado al comunicar el resultado a una cámara atestada: «A favor, doscientos setenta y tres votos. En contra, doscientos setenta y tres votos».

Se había armado un alboroto en las bancadas tapizadas de rojo y el Lord Canciller se había hecho a la idea de que el empate lo pondría en la difícil tesitura de tener que decidir quién debía heredar el título de los Barrington, la renombrada naviera, las propiedades, las tierras y el resto de los bienes. Ojalá el futuro de aquellos dos jóvenes no hubiera dependido tanto de su decisión.

¿Debía dejarse influir por el hecho de que Giles Barrington deseara heredar el título y Harry Clifton no? No, no debía. Como lord Preston había señalado en su convincente discurso desde los bancos de la oposición, por práctico que resultara, sentaría un mal precedente.

Por otro lado, si no se pronunciaba a favor de Harry... Al final se quedó dormido. Lo despertó un suave golpeteo en la puerta a las siete de la mañana, una hora inusualmente tardía. Gruñó y, sin abrir siquiera los ojos, contó las campanadas del Big Ben. Apenas faltaban tres horas para que emitiera su veredicto y todavía no se había decidido.

Gruñendo por segunda vez, plantó los pies en el suelo, se calzó las zapatillas y se dirigió al baño. Aun metido en la bañera, siguió devanándose los sesos.

Un hecho. Tanto Harry Clifton como Giles Barrington eran daltónicos, igual que *sir* Hugo. Un hecho. El daltonismo solo puede heredarse de la madre, así que no era más que una coincidencia y, como tal, debía descartarse.

Salió de la bañera, se secó y se puso una bata; luego abandonó el dormitorio y enfiló el pasillo de gruesas alfombras hasta llegar a su despacho, donde cogió una estilográfica, escribió Barrington y Clifton al principio de la página y, debajo, empezó a anotar los pros y los contras de cada uno. Cuando hubo llenado tres páginas con su excelente caligrafía, el Big Ben ya había dado las ocho. Pero él seguía indeciso.

Dejó la pluma en el escritorio y, a regañadientes, fue en busca de sustento.

A solas, desayunó en silencio. Ni siquiera echó un vistazo a los periódicos matinales, perfectamente dispuestos en el extremo contrario de la mesa, ni encendió la radio porque no quería que algún comentarista desinformado contaminara su criterio. La prensa sería pontificaba sobre el futuro de los principios fundamentales del derecho sucesorio en caso de que el Lord Canciller se pronunciara a favor de Harry, mientras que la prensa del corazón solo parecía interesada en si Emma podría casarse con el hombre al que amaba.

Cuando volvió al baño para lavarse los dientes, la balanza de la justicia aún no se había inclinado de ningún lado.

Justo después de que el Big Ben diera las nueve, volvió a meterse en el despacho y repasó sus anotaciones con la esperanza de que la balanza se inclinara por fin a uno u otro lado, pero se mantuvo en perfecto equilibrio. Se disponía a revisar las anotaciones una vez más cuando un toque en la puerta le recordó que, por poderoso que

se creyera, todavía no era capaz de detener el tiempo. Suspiró hondo, arrancó las tres hojas del cuaderno, se levantó y continuó leyendo al tiempo que salía del despacho y recorría el pasillo. Al entrar en el dormitorio se encontró a East, su asistente personal, plantado a los pies de la cama, preparado para ejecutar el ritual de todas las mañanas.

East empezó por despojarlo con destreza de la bata de seda y continuó ayudándolo a ponerse una camisa blanca que aún estaba caliente de la plancha. Después, un cuello almidonado, seguido de un pañuelo de exquisito encaje. Mientras se enfundaba en unos pantalones negros, el Lord Canciller recordó que había engordado unos kilos desde que ocupara el cargo. East lo ayudó entonces a ponerse una toga negra y dorada y procedió a equiparle la cabeza y los pies. En la cabeza le plantó una aparatosa peluca, y el Lord Canciller se calzó unos zapatos de hebilla. Solo cuando East le colgó de los hombros la cadena de oro del cargo, que habían llevado anteriormente otros treinta y nueve lores cancilleres, dejó de parecer una dama de pantomima para transformarse en la mayor autoridad jurídica del territorio. Tras una mirada fugaz al espejo, se sintió preparado para salir a escena y representar su papel en el drama que los ocupaba. Lástima que aún no se supiera sus líneas.

La puntualidad con que el Lord Canciller entraba y salía de la torre norte del Palacio de Westminster habría impresionado a un sargento mayor. A las nueve cuarenta y siete llamaron a la puerta y su secretario, David Bartholomew, entró en la estancia.

–Buenos días, milord –se aventuró a decir.

–Buenos días, señor Bartholomew –contestó el Lord Canciller.

–Lamento comunicarle que lord Harvey falleció anoche en una ambulancia, camino del hospital.

Ambos sabían que aquello no era cierto. Lord Harvey, abuelo de Giles y Emma Barrington, se había derrumbado en la cámara, apenas unos minutos antes de que sonara la campana de la votación. No obstante, ambos aceptaban la antiquísima convención por la cual, si un miembro de la Cámara de los Lores o de la de los Comunes moría durante una sesión parlamentaria, debía iniciarse una investigación exhaustiva de las circunstancias de dicha muerte. Para evitar una farsa tan desagradable como innecesaria, «murió camino del hospital» era una fórmula aceptada en semejantes eventualidades. La costumbre databa de la época de Oliver Cromwell, en que se permitía a los miembros entrar en la cámara con espadas y el juego sucio era una explicación perfectamente válida cuando se producía una muerte.

Lo entristeció la muerte de lord Harvey, un colega al que apreciaba y admiraba. Aunque habría preferido que su secretario no le recordara uno de los hechos anotados con su exquisita caligrafía en la columna de Giles Barrington, a saber: que lord Harvey no había podido emitir su voto porque se había desplomado y que, de haberlo hecho, habría sido a favor de su nieto. Eso habría resuelto el asunto de una vez por todas y él habría podido dormir tranquilo esa noche.

Ahora se esperaba que fuera él quien lo resolviera «de una vez por todas».

En la columna de Harry Clifton había anotado otro hecho: cuando se había presentado la apelación original ante el Tribunal Supremo hacía seis meses, los jueces habían votado cuatro a tres a favor de que Clifton heredara el título y, en palabras de la propia sentencia, «todo lo que conlleva».

Llamaron de nuevo a la puerta y apareció el caudatario, también vestido con atuendo de opereta victoriana, indicativo de que estaba a punto de dar comienzo la ancestral ceremonia.

–Buenos días, milord.

–Buenos días, señor Duncan.

En cuanto Duncan sostuvo el bajo de la toga negra del Lord Canciller, David Bartholomew se adelantó y abrió de un empujón la puerta de doble hoja del salón de gala para que pudiera iniciar el recorrido de siete minutos hasta la Cámara de los Lores.

Los diputados, los ayudantes acreditados y los funcionarios de la cámara que andaban ocupados en sus quehaceres cotidianos se apartaron en cuanto vieron venir al Lord Canciller, para garantizar que su trayecto hasta la cámara no se veía obstaculizado. A su paso, se inclinaban; no ante él, sino ante la soberanía que representaba. Avanzó por el pasillo alfombrado de rojo al mismo paso que lo había hecho todos los días durante los últimos seis años, con el fin de entrar en la cámara con la primera campanada del Big Ben al dar las diez de la mañana.

En un día normal, y aquel no lo era, cada vez que entraba en la cámara lo recibía un puñado de diputados que se alzaban educadamente de su bancos rojos, se inclinaban ante el Lord Canciller y permanecían en pie mientras el obispo de turno entonaba las oraciones matinales, tras las cuales podían abordarse los asuntos de la jornada.

Pero esa mañana no, porque mucho antes de llegar a la cámara pudo oír el murmullo de un parloteo. Hasta al Lord Canciller le sorprendió lo que encontró al entrar en la cámara de sus señorías. Los bancos estaban tan abarrotados que, como no encontraban sitio, algunos diputados habían migrado a los escalones de delante de la presidencia y otros se encontraban de pie junto a la barandilla que impedía el acceso a la cámara a personas ajenas al parlamento. Solo recordaba otra ocasión en que la cámara se llenaba así: cuando Su Majestad pronunciaba el discurso por el que comunicaba a los miembros de ambas cámaras las leyes que su gobierno se proponía promulgar durante la siguiente sesión parlamentaria.

En el instante en que el Lord Canciller entró en la cámara, sus señorías guardaron silencio, se levantaron al unísono y le hicieron una reverencia cuando ocupó su lugar delante del llamado «saco de lana», el asiento del presidente de la cámara.

El funcionario más poderoso del reino miró despacio por toda la cámara y se topó con un millar de ojos impacientes. Los suyos se posaron por fin en los tres jóvenes sentados al fondo de la cámara, justo por encima de él, en la tribuna de las visitas distinguidas. Giles Barrington, su hermana Emma y Harry Clifton vestían de luto por respeto a su querido abuelo, que en el caso de Harry era además un mecenas y un amigo querido. El Lord Canciller se compadeció de los tres, consciente de que el veredicto que estaba a punto de pronunciar les cambiaría la vida por completo. Confiaba en que para mejor.

Cuando el reverendísimo Peter Watts, obispo de Bristol («¡Qué casualidad!», se dijo el Lord Canciller) abrió el devocionario, sus señorías agacharon la cabeza y no volvieron a levantarla hasta que hubo pronunciado las palabras: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

La concurrencia tomó asiento de nuevo y solo quedó en pie el Lord Canciller. Una vez instaladas, sus señorías se acomodaron para esperar el veredicto.

—Milores —empezó—, no voy a fingir que la decisión que me han encomendado ha sido fácil. Al contrario, confieso que ha sido una de las más difíciles que he tenido que tomar durante mi dilatada trayectoria como jurista. Pero, como bien decía Tomás Moro, cuando se viste esta toga, se ha de estar dispuesto a tomar decisiones que rara vez complacen a todos. Y ciertamente, milores, en tres de esas ocasiones pasadas, tras emitir su veredicto, el Lord Canciller fue decapitado sin demora. —Las risas que siguieron diluyeron momentáneamente la tensión—. No obstante, es mi deber recordar —prosiguió cuando se extinguieron las carcajadas— que solo respondo ante el To-

dopoderoso. Con eso en mente, milores, en el caso de Barrington contra Clifton, respecto a quién debería suceder a *sir* Hugo Barrington como legítimo heredero y ser destinatario del título familiar, de las tierras y de todo lo que conlleva... –Volvió a levantar la vista a la tribuna y titubeó. Sus ojos se posaron en los tres jóvenes inocentes, que aún lo miraban fijamente—. Habiendo considerado todos los hechos, me pronuncio a favor de... Giles Barrington.

Estalló de inmediato un murmullo de voces. Los periodistas abandonaron rápidamente la tribuna de prensa para informar a sus editores de la sentencia del Lord Canciller, según la cual, la línea de sucesión permanecía intacta y Harry Clifton ya podía pedirle a Emma Barrington que fuera su legítima esposa, mientras el público de la tribuna de las visitas se asomaba por la barandilla para espiar las reacciones de sus señorías ante la sentencia. Pero aquello no era un partido de fútbol y él no era un árbitro. No haría falta un toque de silbato porque cada una de sus señorías aceptaría y acataría la sentencia del Lord Canciller sin objeciones ni disputas. Mientras esperaba a que el clamor remitiera, volvió a levantar la vista a las tres personas más afectadas por su decisión para ver cómo se lo habían tomado. Harry, Emma y Giles seguían mirándolo impassibles, como si aún no hubieran constatado la verdadera trascendencia de su veredicto.

Tras meses de incertidumbre, Giles experimentó un alivio instantáneo, aunque la muerte de su queridísimo abuelo anuló cualquier sentimiento de victoria.

Harry, que cogía con fuerza la mano de Emma, solo pensaba en una cosa: ya podía casarse con la mujer a la que amaba.

Emma estaba indecisa. A fin de cuentas, aquel veredicto les iba a generar un montón de problemas adicionales que tendrían que resolver ellos.

Su Señoría abrió la carpeta de borlas doradas y estudió la agenda del día. El segundo punto era un debate sobre

la propuesta de crear un Servicio Nacional de Salud. Varios miembros abandonaron la cámara con disimulo cuando esta recuperó su actividad normal.

El Lord Canciller jamás le confesaría a nadie, ni siquiera a su confidente más próximo, que había cambiado de opinión en el último momento.

**HARRY CLIFTON Y EMMA
BARRINGTON**

1945-1951

1

«**P**or tanto, si alguno de los presentes conoce alguna razón por la que estas dos personas no deban unirse en santo matrimonio, que hable ahora o calle para siempre».

Harry Clifton jamás olvidaría la primera vez que había oído aquellas palabras, ni que instantes después su vida entera se había ido al garete. En una reunión celebrada precipitadamente en la sacristía, el Viejo Jack, que, como George Washington, no sabía mentir, había desvelado que quizá Emma Barrington, la mujer a la que Harry adoraba y que estaba a punto de convertirse en su esposa, fuera su hermanastra.

Se había desatado un verdadero infierno cuando la madre de Harry había reconocido que, en una ocasión y solo en una, había mantenido relaciones con el padre de Emma, Hugo Barrington, por lo que existía una posibilidad de que Emma y él fueran hijos del mismo padre.

En la época de su devaneo con Hugo Barrington, Maisie, la madre de Harry, había estado saliendo con Arthur Clifton, un trabajador de Barrington's Shipyard, la naviera familiar y, aunque había contraído matrimonio con Arthur poco después, el cura se negaba a casar a Harry y a Emma mientras existiera una posibilidad de que el enlace contraviniera los antiguos mandamientos de la Iglesia sobre consanguinidad.

Hugo, el padre de Emma, no había tardado en escabullirse del templo por la puerta de atrás, como el cobarde que abandona el campo de batalla. Emma y su madre se habían ido a Escocia y Harry, desolado, se había quedado